

LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA SALVACIÓN

Reverendo S. Houck

PRÓLOGO

El apóstol Pablo nos exhorta: *“El que se gloria, gloriése en el Señor.”* (1 Corintios 1:31). Este es el deber fundamental de todo hombre. Debemos gloriarnos en Dios, no en nosotros mismos. El hombre, por naturaleza, tiende a jactarse de su poder y habilidad, de sus obras y su voluntad; pero no debe hacerlo. Porque no tenemos nada de qué jactarnos. Por nosotros mismos no somos nada, y aun menos que nada (Isaías 40:17). Todo lo que somos nos ha sido dado por Dios. *“Él (Dios) es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas... Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos...”* (Hechos 17:25, 28).

Si hemos de gloriarnos, debemos gloriarnos en la grandeza y el poder de Dios, en sus obras y en sus caminos. Se nos exhorta: *“Cantadle, cantadle salmos; hablad de todas sus maravillas.”* (Salmo 105:2).

Nuestro llamado es gloriarnos especialmente en la maravillosa obra de la salvación de Dios. Con el salmista debemos cantar: *“Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias.”* (Salmo 103:2-4). Porque nosotros no

contribuimos absolutamente nada a la salvación. Es toda una obra maravillosa de Dios. Él es el Salvador soberano.

Antes de la fundación del mundo, Él planeó la salvación. Él mismo obtuvo realmente la salvación enviando a Su Hijo a morir en la cruz. Por Su gracia, sólo Él aplica la salvación al corazón y a la vida de Su pueblo. Así, de principio a fin, *“la salvación es de Jehová.”* (Jonás 2:9). Toda la gloria le pertenece a Dios.

Es nuestra oración que el Señor Dios se complazca en usar este folleto como testimonio de Su gracia soberana, para el avance de la causa de Su Verdad y para la gloria de Su gran nombre. *“Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sobre toda la tierra sea tu gloria.”* (Salmo 57:5).

Reverendo Steven R. Houck

EL DIOS SOBERANO

Las Escrituras nos enseñan que Dios es absolutamente soberano. Como el Dios Todopoderoso, Él gobierna el mundo. Es el Rey de reyes, el Señor de señores, el Dios Altísimo. A Él pertenece todo poder y toda autoridad para hacer lo que le plazca en el cielo y en la tierra. Este mundo y todo lo que hay en él es Su mundo. Toda criatura está sujeta a Su voluntad y poder soberanos. Esto lo reconoció el rey David cuando bendijo al Señor con las palabras: *“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas; tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos.”* (1 Crónicas 29:11).

En verdad, el Señor es *“excelso sobre todos”*. No existe criatura alguna —ni bestia, ni hombre, ni ángel— que

pueda frustrar el gobierno soberano de Dios.

Nabucodonosor tuvo toda la razón cuando confesó:

“Bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra; y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Daniel 4:34-35). No hay nadie que pueda detener la mano de Dios para impedir que haga lo que quiere; ni entre el ejército celestial, ni entre los habitantes de la tierra. Aunque muchos levantan el puño en desafío contra Dios, aunque desprecian Sus estatutos y mandamientos, y aunque se rebelan contra Él con toda la maldad de sus corazones, sin embargo, en todo ello, Dios reina supremo. *“Porque de Jehová es el reino, y él regirá las naciones.”* (Salmo 22:28).

¿Y cómo podría ser de otra manera? Porque si Dios es DIOS, entonces debe ser soberano sobre todo. Si Él es todopoderoso, entonces no puede haber nadie más con poder en sí mismo para frustrar Su dominio y Su poder. Él es Dios, y sólo Él es Dios. Así instruyó Moisés al pueblo de Israel: *“Jehová es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra, y no hay otro.”* (Deuteronomio 4:39). Pues todos nosotros *“somos considerados como nada”*. *“Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es.”* (Isaías 40:17). Somos tan insignificantes en comparación con el Dios infinito, que no somos nada; somos menos que nada.

Por tanto, ciertamente no debemos decirle a Dios: “¿Qué haces?” Ciertamente no debemos cuestionar nada de lo que Él dice o hace. Él es el Dios Soberano, y nosotros somos

Sus criaturas finitas. Él es el alfarero, y nosotros somos el barro. Así leemos: “*¡Ay del que pleitea con su Hacedor! El tiesto con los tiestos de la tierra. ¿Dirá el barro al que lo labra: Qué haces? o tu obra: No tiene manos?*” (Isaías 45:9). Dios tiene el derecho de hacer con nosotros lo que le plazca, y nosotros nunca debemos quejarnos ni cuestionarlo. Debemos postrarnos ante Él en humilde sumisión siempre.

“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados.” (Isaías 57:15).

LA VOLUNTAD SOBERANA DE DIOS

Porque Dios es el Dios soberano, el Dueño y Gobernante del cielo y de la tierra, también debe ser verdad que Su voluntad es soberana. Si Dios es el Rey de toda la creación, entonces Su decreto y propósito deben permanecer inamovibles. Es imposible concebir a un Dios soberano cuya voluntad y propósito puedan ser frustrados por aquellos sobre quienes Él gobierna. Si la voluntad de los gobernados puede, de alguna manera, cambiar o frustrar la voluntad del gobernante, entonces ese gobernante no es soberano. El Dios soberano debe tener también una voluntad soberana. Y eso es exactamente lo que nos enseña la Biblia. El gran Dios del cielo y de la tierra hace lo que le place y lleva a cabo todo lo que ha determinado. Porque el mismo Dios declara por medio del profeta Isaías: “*Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero.*” (Isaías 46:9-10).

En verdad, no hay nadie como Dios. ¿Quién puede decirnos el fin de algo desde su principio, aun antes de que comience su curso? ¿Quién puede declarar las cosas que aún no han sucedido, mucho antes de que se conviertan en historia? Seguramente sólo Dios puede hacer eso. Porque es la misma voluntad y propósito de Dios lo que determina la existencia y el curso de todas las cosas. Su voluntad es tan soberana que Él ha determinado exactamente lo que ha de acontecer en este mundo. Dios ha determinado y establecido absolutamente todo. Aun los detalles más pequeños están comprendidos en Su voluntad y propósito. Así el apóstol se refiere a Él como al Dios *“que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.”* (Efesios 1:11). Todas las cosas son lo que son y hacen lo que hacen porque Dios obra en ellas; y Él obra en ellas en perfecta armonía con lo que ha determinado en Su consejo. No hay nada que esté fuera del consejo determinado de Dios.

Lo que es aún más asombroso es que esta determinación tuvo lugar en la eternidad. La voluntad y el consejo de Dios no están sujetos al tiempo, ni a nada dentro del tiempo. Están por encima del tiempo y de la historia. Son tan eternos como Dios mismo, tal como dice el apóstol: *“conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor.”* (Efesios 3:11). Mucho antes de que existiera el mundo, el curso de la historia fue establecido y determinado por el propósito de Dios en Cristo Jesús. Y así también Su propósito continuará sin interrupción y sin cambio por los siglos de los siglos. Aun cantamos esto con el salmista: *“El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones.”* (Salmo 33:11).

¿Puede haber alguna duda de que la voluntad del Dios soberano siempre se cumple? Puesto que Su consejo

permanece para siempre, por todas las generaciones, ciertamente nadie puede frustrar la voluntad de Dios. Éste es precisamente el testimonio del mismo Dios. Leemos: *“Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado... Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?”* (Isaías 14:24, 27). La voluntad de Dios es soberana. Nadie puede invalidar lo que Dios ha determinado, ni siquiera el hombre malvado que busca activamente anular el beneplácito del Señor mediante su desobediencia y rebelión. Los hombres pueden idear toda clase de planes para derribar al Altísimo; pero Dios es tan soberano, que cumple Su voluntad aun en y por medio de todos sus planes. *“Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá.”* (Proverbios 19:21). Su consejo permanecerá, y Él hará todo lo que quiere. *“Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré.”* (Isaías 46:11). Dios es soberano, y eso necesariamente significa que Su voluntad también es soberana.

LA PREDESTINACIÓN SOBERANA

Puesto que Dios es el Dios soberano, cuyo consejo permanece para siempre, cuya voluntad jamás puede ser frustrada y cuyo propósito no puede ser anulado, debemos concluir que Su voluntad y determinación son soberanas particularmente en lo que respecta a la salvación. No puede ser que el hombre determine, por su propia voluntad, si será salvo o no. Ciertamente, el hombre debe venir a Dios por la fe para salvación; debe buscar a Dios, amarlo y servirlo con un corazón dispuesto. Pero, en última instancia, ya que Dios es soberano, la salvación debe depender únicamente de Su elección soberana. Porque Él es el Creador infinito,

que tiene el derecho y el poder de hacer con Sus criaturas finitas exactamente lo que le plazca, aun con respecto a nuestro destino eterno. Por eso el apóstol Pablo pregunta: *“¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria?”* (Romanos 9:21-23). Dios es el Alfarero soberano, y nosotros, Sus criaturas, somos el barro. Así como un alfarero terrenal tiene poder sobre el barro para darle la forma que desea, así también Dios, de manera soberana, nos hace según Su voluntad.

Él hace que algunos sean *“vasos de misericordia”* que ha *“preparado de antemano para gloria.”* Estos son los elegidos de Dios, aquellos escogidos por Él para salvación en Cristo. De estas personas dice el apóstol: *“Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación...”* (2 Tesalonicenses 2:13). Antes de que el mundo fuera creado, Dios, en Su decreto y consejo eternos, escogió a ciertos hombres y mujeres para ser Su pueblo especial. El salmista dice: *“Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová, el pueblo que él escogió como heredad para sí.”* (Salmo 33:12). A este pueblo escogido, Dios, en Su misericordia, concede la fe, el arrepentimiento y todas las bendiciones de la salvación, de modo que se les llama *“vasos de misericordia.”* Así leemos: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del*

mundo...” (Efesios 1:3-4). Oh, ciertamente, nosotros elegimos a Dios, pero sólo después de que Él nos ha elegido primero y nos concede el poder para escogerle. Jesús dijo: *“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros...”* (Juan 15:16).

El apóstol Pablo también se refiere a *“vasos de ira preparados para destrucción.”* Porque si Dios es soberano, Su voluntad debe ser el factor determinante no sólo en la salvación, sino también en la perdición eterna. Dios no sólo escoge a algunos para ser salvos y glorificados, sino que también designa a otros para *“destrucción.”* Judas se refiere a estas personas cuando habla de *“algunos hombres que han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación...”* (Judas 4). El apóstol Pedro también los menciona: *“Y piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados.”* (1 Pedro 2:8). A estas personas Dios no les concede fe ni arrepentimiento, de modo que continúan en su pecado y maldad. Dios los contempla, no con amor, sino con Su ira. Por eso se les llama *“vasos de ira.”*

No es de extrañar que las Escrituras declaren: *“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.”* (Romanos 9:16). La salvación nunca puede basarse en nuestras obras ni en nuestra voluntad. Si confiamos en Cristo como nuestro Salvador y tenemos la esperanza de gloria en nosotros, es únicamente por una cosa: la voluntad soberana y el beneplácito de Dios, que nos destinó para gloria. Porque nuestro Dios es aquel *“que nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.”* (2 Timoteo 1:9). *“Su propósito y gracia”* no

son otra cosa que Su decreto misericordioso de elección, el cual es la fuente de todo bien salvador.

LA PRECIENCIA

Ya que Dios predestinó soberanamente la vida de cada hombre (a algunos para gloria y a otros para destrucción), no puede ser que la predestinación divina dependa de la elección humana —de su fe o arrepentimiento. No puede ser que Dios, en Su presciencia, simplemente haya mirado hacia la historia y visto a todos los que creerían, y luego, basándose en ese conocimiento, los haya escogido para salvación y gloria. Si así fuera, la elección del hombre sería soberana, y no la de Dios. Eso haría que la predestinación divina dependiera de la voluntad humana. Sin embargo, las Escrituras enseñan que la elección no tiene nada que ver con las obras del hombre. En relación con la elección de Jacob y la reprobación de Esaú, leemos en Romanos 9:11: *“(Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama).”*

La predestinación, al estar fundada en el propósito de Dios, no puede basarse en la obra del hombre —ni en su bien ni en su mal, ni en su fe ni en su incredulidad. Tanto la elección como la reprobación son incondicionales. La predestinación es la elección libre y soberana de Dios solamente.

De hecho, la presciencia de Dios no es una simple previsión de los acontecimientos futuros. No se trata de mirar la historia humana para ver lo que el hombre hará o no hará. Romanos 8:29-30 lo deja muy claro: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen*

hechos conformes a la imagen de su Hijo... Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.”

Obsérvese que en estos versículos hay una cadena ininterrumpida de actos divinos. Dios conoció de antemano a ciertos hombres, y esos mismos Él los predestinó, los llamó, los justificó y los glorificó. Aquellos a quienes conoció de antemano son precisamente los que Él salva y lleva a la gloria eterna. La presciencia, entonces, no puede referirse a un conocimiento intelectual de todos los hombres, pues no todos los hombres son salvos y glorificados. Más bien, se refiere al conocimiento que Dios tiene de Su propio pueblo escogido, quienes solamente ellos son salvos y glorificados.

Pero este conocimiento previo que Dios tiene de Su pueblo escogido no es un mero conocimiento intelectual. La Escritura enseña que es un conocimiento íntimo de amor. Cuando Dios conoce de antemano a Su pueblo escogido, eso significa que los ama. Los amó antes de que nacieran. Así leemos en Amós 3:2: *“A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra.”* Ciertamente, como el Dios omnisciente, Él conoce intelectualmente a todas las familias de la tierra; pero sólo conoce a Su pueblo escogido (la familia de Dios) en amor.

Cristo expresó exactamente lo mismo cuando dijo: *“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen... y pongo mi vida por las ovejas.”* (Juan 10:14-15). Mientras que el asalariado puede conocer intelectualmente a las ovejas, no las ama; por eso, cuando viene el lobo, huye. Pero Cristo, que conoce a Su pueblo escogido en amor, entrega Su vida por las ovejas. La

presciencia de Dios, entonces, es Su amor eterno por Su pueblo escogido.

Es este conocimiento eterno de amor lo que constituye la base de la elección. Dios no escogió a nadie para salvación y gloria porque previó que creería o se arrepentiría de sus pecados. Los escogió soberanamente porque los amó soberanamente en Cristo Jesús. Si volvemos a la cadena inquebrantable de Romanos 8:29-30, vemos que *“a los que antes conoció”* viene antes de *“también los predestinó.”* El pueblo de Dios es salvo y glorificado porque ha sido predestinado por Dios para ese fin; y ha sido predestinado para ese fin porque ha sido amado por Dios desde toda la eternidad.

Así leemos en Deuteronomio 7:7-8: *“No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos, sino por cuanto Jehová os amó... os ha sacado Jehová con mano poderosa y os ha rescatado...”*

Detrás de la salvación está la elección incondicional. Y detrás de la elección está el amor eterno y soberano de Dios —Su presciencia.

EL AMOR SOBERANO DE DIOS

Ya que Dios es soberano en la predestinación, y puesto que esa predestinación se basa en el conocimiento íntimo de amor de Dios (Su presciencia), también debe ser verdad que el amor de Dios es soberano. Su amor está tan vitalmente unido a la elección divina, que debe ser tan soberano como la voluntad electora de Dios; tan soberano como Dios mismo. El amor de Dios no puede ser una emoción impotente que desearía ver a todos los hombres salvos, pero

que carece de fuerza para lograrlo. El amor de Dios debe ser un poder eficaz que no sólo quiere la salvación de sus objetos (la elección), sino que en realidad los salva.

En efecto, las Escrituras nos enseñan que el amor de Dios es un poder soberano que siempre salva. Es imposible que el amor de Dios no salve a aquellos sobre quienes reposa. Leemos las palabras del mismo Dios: *“Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.”* (Jeremías 31:3). El amor de Dios no se queda observando cómo sus amados caen al infierno sin hacer nada. Si Dios te ama, entonces Él te salva. Su amor eterno es un poder soberano y poderoso que siempre atrae hacia Él a quienes ama. Por eso dice: “por tanto.” Porque Él ama a Su pueblo, necesariamente los atrae eficazmente fuera del pecado y de la muerte, hacia la gloria de Su salvación eterna. Su amor soberano no permitirá que Su pueblo sea condenado. No hay objetos de Su amor en el infierno hoy, ni los habrá jamás. ¡Qué cruel sería Su amor si no quisiera salvar a los suyos del infierno, y qué débil si no pudiera hacerlo!

Pero un amor cruel y débil no es el amor de Dios. El apóstol Pablo declara: *“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo.”* (Efesios 2:4-5). Dios da vida a Su pueblo, los vivifica espiritualmente por el poder de Su misericordia y gracia. ¿Pero por qué? ¿Por qué Dios les da vida, en lugar de dejarlos perecer en el abismo del infierno? Por una sola razón: porque los ama. Su amor no es una emoción impotente que llora por los pecadores perdidos sin poder ayudarlos. El amor de Dios libra al pecador de la destrucción eterna.

El apóstol Juan concuerda con esto, pues dice: *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.”* (1 Juan 3:1). Observa el amor de Dios. Mira su naturaleza. Es una maravilla soberana que hace posible que los elegidos sean llamados hijos de Dios. Aquellos que por naturaleza eran hijos de ira pueden llegar a ser llamados hijos de Dios porque Él así los amó. El poder soberano y eficaz del amor de Dios realmente los convierte en Sus hijos. En Su amor los libra, tal como libró a Israel en la antigüedad: *“Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.”* (Oseas 11:1).

Por lo tanto, no puede ser que Dios ame a todos. Ya que el amor de Dios es soberano, y por lo tanto siempre un amor que salva, sólo quienes experimentan la salvación del Señor pueden ser objetos de Su amor. Dios ama a Su pueblo escogido, a quienes Él eligió para salvación; pero Su odio y Su ira eternos permanecen sobre el pecador réprobo. El salmista declara: *“Jehová prueba al justo; pero al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece.”* (Salmo 11:5). El Señor no sólo aborrece los pecados de los impíos, sino también a los impíos mismos: *“Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad.”* (Salmo 5:5). Su ira, no Su amor, permanece sobre ellos para siempre (Salmo 7:11; Juan 3:36). Jacob, a quien Dios escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, es el objeto de todo Su amor; pero Esaú, a quien Dios destinó para destrucción, es eternamente el objeto de Su odio. Dios dijo: *“A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.”* (Malaquías 1:2-3; Romanos 9:13). Así, Dios no salva a Esaú, sino que lo deja en su pecado y bajo los tormentos del infierno eterno.

El hombre que va al infierno, entonces, no va allí a pesar del amor de Dios, sino sin el amor de Dios. En cambio, el

hombre que va al cielo no llega allí por su voluntad ni por sus obras, sino por el amor soberano de Dios que siempre salva. ¡Qué consuelo tan bendito para el hijo de Dios! El amor de Dios no lo deja en el infierno, sino que lo levanta y lo libra de todo pecado y muerte. Su amor soberano no permitirá que vea la condenación. ¡Qué amor tan maravilloso! ¡Qué poder tan eficaz!

Por eso el pueblo de Dios debe regocijarse en “*nuestro Señor Jesucristo, y Dios nuestro Padre, que nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia.*” (2 Tesalonicenses 2:16). Deben regocijarse en el amor soberano de Dios.

EL AMOR DE DIOS Y LA CRUZ

Ya que el amor de Dios no es una emoción impotente, sino un poder eficaz que siempre salva a sus objetos, se sigue que la muerte de Cristo en la cruz también es un poder soberano que verdaderamente logra la salvación del pueblo de Dios. Porque el amor soberano de Dios se manifiesta en la cruz de Cristo. La muerte sacrificial de Cristo es la demostración de cuán grande es el amor de Dios por Su pueblo. En la cruz vemos el amor eficaz de Dios obrando soberanamente. Así escribe el apóstol Juan: “*En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.*” (1 Juan 4:9).

Si quieres contemplar el amor de Dios en toda su maravilla, debes mirar la cruz. ¡Piénsalo! Dios amó tanto a Su pueblo que entregó a Su Hijo unigénito para morir por ellos, para que vivan por medio de Él. Envío a Su propio Hijo, que está en el mismo seno del Padre y a quien Dios ama con un amor perfecto e infinito. Tan grande, tan infinito, tan

asombroso es el amor de Dios por Su pueblo, que Él mismo se entregó en Su Hijo en la cruz. Porque el apóstol Pablo dice que la “iglesia de Dios” es aquella *“la cual él ganó por su propia sangre.”* (Hechos 20:28).

Por tanto, debemos ver que la muerte de Cristo en la cruz fue parte del plan eterno de Dios para la salvación de Su pueblo. La relación entre el amor de Dios y la cruz es tan íntima que es imposible que la cruz haya sido algo incidental o accidental. La muerte de Cristo no ocurrió por casualidad. La cruz no fue impuesta a Dios por hombres malvados que endurecieron sus corazones contra el Señor y Su Ungido. ¡De ninguna manera! Como manifestación del amor infinito de Dios por Su pueblo, la cruz es el corazón mismo del propósito divino de salvación. Es el medio soberano que Dios usa para librar a Su pueblo amado del infierno. Él determinó deliberadamente que Cristo fuese crucificado y muerto por sus pecados. Así leemos: *“Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.”* (Hechos 4:27-28).

En verdad, los hombres impíos lo tomaron y lo crucificaron, pero todo fue hecho conforme a la buena y perfecta voluntad de Dios (Hechos 2:23). La cruz no fue una idea posterior ni una contingencia, sino un acto soberano del Dios Todopoderoso que hace todo conforme a Su beneplácito. La cruz fue la ejecución perfecta del decreto de Dios. Por eso en Apocalipsis 13:8 Cristo es llamado *“el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo.”* Es el Cordero inmolado para nuestra salvación ya en el consejo eterno de Dios.

Eso significa que la cruz misma es un poder—el poder soberano de Dios. Ya que Dios, por Su gran amor, envió a Cristo a morir por Su pueblo, para que por Su muerte tengamos vida, esa muerte debe salvar y dar vida a todos los objetos del amor de Dios. La cruz no hace la salvación meramente posible para todos, de modo que cualquiera pueda tenerla si así lo decide. La muerte de Cristo realmente salva al pueblo escogido de Dios. *“Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.”* (Lucas 19:10). En Su muerte en la cruz, Cristo no sólo hizo provisión para la salvación; Él verdaderamente obtuvo la salvación. Así leemos: *“Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.”* (Hebreos 9:12).

La cruz es el mismo poder que salva. El apóstol enseña esto cuando dice: *“Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.”* (1 Corintios 1:23-24). En verdad, “Cristo crucificado” es “el poder de Dios,” el poder soberano y eficaz de Dios que verdaderamente salva a Su pueblo de todo pecado. Dios ama a Su pueblo; Cristo ha muerto por ellos; por tanto, ciertamente todos ellos serán salvos.

REDENCIÓN PARTICULAR

Ya que el amor soberano de Dios es particular (sólo para los elegidos), y ya que la cruz —el poder real de Dios que asegura la salvación— es la manifestación soberana de ese amor, necesariamente la expiación de la cruz debe estar limitada al pueblo escogido y amado de Dios. La redención que Cristo mereció en la cruz es para un grupo de personas

particular y definido. Está limitada a aquellos a quienes Dios ama y ha escogido para salvación desde antes de la fundación del mundo. Cristo no murió por todos. Murió por los elegidos de Dios, y sólo por ellos.

Puesto que la elección de Dios es soberana y Su amor es soberano, esto debe ser así. Dios no tiene que proveer salvación para todos y luego esperar que el hombre decida aceptarla. Si eso fuera cierto, Dios no sería soberano. La expiación ilimitada es incompatible con la soberanía de Dios, porque hace soberano al hombre en lugar de a Dios. Pero Dios es soberano. Él realiza soberanamente Su plan de salvación. Por eso envió a Cristo a morir, no por todos, sino sólo por aquellos a quienes determinó salvar.

Esto es precisamente lo que Jesús mismo nos enseña. Él dice: *“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.”* (Juan 10:14-15). Cristo es el Buen Pastor, y Su pueblo —aquellos a quienes Él conoce y que lo conocen— son Sus ovejas. Él da Su vida por las ovejas. No murió por todos, porque deja muy claro que muchos no son Sus ovejas. En el versículo 26 del mismo capítulo dice: *“Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas...”* Los impíos que no conocen a Cristo nunca creen en Él, porque no son Sus ovejas (Su pueblo escogido). Por ellos, Cristo no murió. Murió sólo por las ovejas.

Según el apóstol Pablo, las ovejas constituyen la iglesia de Cristo. Él exhorta a los ancianos de la iglesia: *“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.”* (Hechos 20:28). Dios, en Cristo, ha comprado a la Iglesia con Su

preciosa sangre. No ha comprado a toda la humanidad, no a los elegidos y a los réprobos por igual. Derramó Su sangre para comprar la redención de Su Iglesia solamente. Esto se expresa de manera hermosa en Efesios 5: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.”* (Efesios 5:25). Cristo amó a Su Iglesia desde antes de la fundación del mundo y, por tanto, se entregó a sí mismo —dio Su vida en la cruz— por ella. Observa que en este pasaje el amor de Cristo y la cruz de Cristo están estrechamente unidos. Así como el amor de Cristo es particular (sólo para los elegidos), también Su muerte expiatoria es particular.

El alcance limitado de la expiación se confirma en Romanos 8, donde se nos dice claramente que Cristo murió por los elegidos. El apóstol dice: *“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”* (Romanos 8:32). ¿Y quiénes son estas personas por las cuales Cristo fue entregado? ¿Quiénes son los “nosotros”? La respuesta está en los versículos 33 y 34: *“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.”* Son los escogidos de Dios. El pueblo elegido de Dios no tiene por qué temer condenación —ni de parte de Cristo ni de parte de Dios— porque Cristo murió por ellos, y por esa muerte Dios los justifica. Ese es el poder de la cruz.

Los impíos que no conocen esta justificación y que son condenados al infierno eterno no pueden estar incluidos en la obra expiatoria de Cristo en la cruz. Si lo estuvieran, no habría base para su condenación. ¿Por qué habrían de ser condenados por sus pecados si Cristo ya pagó por ellos en

la cruz? No, Cristo no murió por ellos. Cristo murió por los elegidos de Dios. Además, esa obra de la cruz es tan soberana que nada podrá jamás condenar al pueblo de Dios. Nada podrá separarlos del amor de Dios manifestado en Cristo en la cruz (Romanos 8:35-39).

Así dice nuestro Señor: *“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.”* (Juan 10:28). En verdad, *“Verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho.”* (Isaías 53:10-11). Cristo verá el fruto de Su obra redentora —los elegidos— y quedará satisfecho.

REGENERACIÓN

Dios es soberano. Él es soberano en todo su ser. Esto significa que Su voluntad es soberana. Es tan soberana que Él solo determina, por elección y reprobación, el destino de cada hombre. El factor decisivo en la salvación es la voluntad de Dios y no la del hombre. Además, puesto que la voluntad de Dios es soberana, también lo es Su amor, el cual está detrás de la elección soberana. Es tan soberano que aquellos que son los objetos de ese bendito amor son ciertamente salvos. La muerte de Cristo, como la manifestación y obra eficaz de ese amor, asegura realmente la salvación de Su pueblo escogido.

Ahora bien, dado que todo esto es verdad, se sigue que la aplicación de esta salvación también es la obra soberana de Dios. Ya que Dios determina a quién salvará, ya que ama a Su pueblo escogido y envía a Cristo para asegurar su salvación, también debe obrar soberanamente esa salvación en sus corazones y vidas. Es inconcebible que Dios planea soberanamente nuestra salvación, que obtenga

objetivamente esa salvación mediante la muerte predestinada de Su Hijo unigénito, y que luego deje al hombre la tarea de apropiársela por sí mismo. No; puesto que Dios la planeó, Él mismo lleva a cabo ese plan. Dios aplica soberanamente la salvación al pecador elegido.

Vemos esto claramente en el primer acto de salvación que Dios realiza en el pecador elegido y amado por Él: la regeneración o nuevo nacimiento. Esta no es obra del hombre, sino la obra soberana del Todopoderoso. La regeneración es la obra poderosa del Dios soberano, mediante la cual Él, sin depender de ninguna voluntad ni obra humana, da vida al pecador escogido pero espiritualmente muerto. Así leemos en Efesios 2:4-6: *“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.”*

Por naturaleza estamos espiritualmente muertos, pero en la regeneración Dios nos da vida. La regeneración es una resurrección espiritual de la muerte espiritual. Dios da vida a aquellos que antes estaban absolutamente sin vida —“muertos en pecados.” Así como la resurrección del cuerpo es un acto poderoso de Dios, así también la regeneración, como resurrección espiritual, sólo puede tener lugar por la obra maravillosa y poderosa de la gracia soberana de Dios. Un cadáver en el sepulcro no puede levantarse por sí mismo, porque no hay vida en él. Es imposible que un muerto físico haga algo. De la misma manera, los muertos espirituales no pueden hacer nada para contribuir a su regeneración.

Esto se muestra aún más claramente en el hecho de que la regeneración es nada menos que la implantación de un nuevo corazón. En la profecía de Ezequiel 36:26 leemos: *“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.”* Por naturaleza, el pecador muerto tiene un corazón duro como la piedra. No es receptivo a la Palabra de Dios; no ama a Dios ni busca andar en Sus mandamientos. Pero en la regeneración, Dios soberanamente quita ese corazón de piedra y pone en su lugar un corazón de carne: un corazón sensible, tierno y receptivo. Como el Gran Médico, Él implanta en el pecador elegido, por medio de Su Espíritu, un corazón que lo ama y busca obedecer todos Sus estatutos. Sin ese nuevo corazón, es imposible que el pecador se aparte de sus pecados y busque al Dios vivo por fe.

Por lo tanto, la regeneración no puede estar condicionada a la voluntad o a la obra del hombre. No puede ser que la fe y el arrepentimiento precedan a la regeneración, como si fueran condiciones que deben cumplirse antes de que Dios nos regenere. Tanto la fe como el arrepentimiento son imposibles aparte del nuevo nacimiento. Si un hombre tiene fe, es porque Dios ya lo ha regenerado. La fe es el fruto de la regeneración, y no al revés. El apóstol Juan describe a los creyentes nacidos de nuevo como aquellos *“que no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”* (Juan 1:13).

¿Acaso un recién nacido ayuda a su madre a darse a luz a sí mismo? ¿O contribuye de alguna manera a su propia concepción? Por supuesto que no. Así también, el hombre no contribuye en nada al nuevo nacimiento que Dios da. Pablo nos enseña: *“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por*

el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo.” (Tito 3:5). Un hombre nace en la familia de Dios por un acto soberano de Dios solamente.

La nueva vida de la regeneración no tiene su origen en la sangre (descendencia física), ni en la voluntad de la carne (los deseos naturales del cuerpo). De hecho, esta vida no puede atribuirse a la voluntad del hombre en absoluto. Su origen está únicamente en Dios. La regeneración nunca es el resultado de la elección del hombre. En verdad, *“el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”* (Juan 3:3). Pero ¿cómo nace de nuevo un hombre? El apóstol Pedro dice que es *“Dios”* quien *“nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos.”* (1 Pedro 1:3). El pueblo de Dios es regenerado por la palabra viva y poderosa de Dios: *“siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”* (1 Pedro 1:23).

La regeneración es la obra soberana de Dios. Sólo Él puede dar vida eterna a los muertos por medio de Su palabra viva.

LA DEPRAVACIÓN DEL HOMBRE

La necesidad de la soberanía de Dios en la regeneración (y en toda la salvación) se demuestra especialmente por la depravación total del hombre. El hombre es absolutamente incapaz de salvarse a sí mismo. No tiene ni la voluntad ni el poder para cambiar la maldad de su corazón. Por eso pregunta el profeta: *“¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?”* (Jeremías 13:23). Así como el etíope no puede cambiar el color de su piel negra, y así como el leopardo no puede quitarse las

manchas de su cuerpo, así también el hombre no puede cambiar el carácter perverso de su corazón, de su voluntad y de su mente. El hombre nace en este mundo con un corazón malvado y una naturaleza corrompida. Sin la obra soberana de Dios, ese corazón y esa naturaleza nunca pueden hacerse blancos y buenos, limpios y puros, justos ante los ojos de Dios.

Además, la depravación de la naturaleza humana es total. No solo se extiende a todo su ser, sino que lo hace completamente incapaz de hacer algún bien. Por eso escribe el apóstol: *“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”* (Romanos 3:10–12). Muchas veces nos puede parecer que el hombre natural hace algún bien, pero el juicio de Dios es claro: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.” Es absolutamente imposible que el hombre natural haga algo verdaderamente bueno. El hombre natural no puede, ni quiere, buscar a Dios.

Más bien, es un rebelde que se opone a Dios y a Su reino. Es un esclavo del pecado que no puede hacer otra cosa que pecar. Está ciego en su entendimiento y perverso en sus juicios. En todos sus caminos imita a su padre espiritual, el diablo. Aun su voluntad está esclavizada a la voluntad de Satanás. Así lo enseña Jesús cuando dice: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer.”* (Juan 8:44). De esta manera, el hombre natural odia a Dios y a Su Ungido. Está tan lejos de querer y buscar la salvación en el único Dios verdadero, que ama las tinieblas más que la luz: *“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque*

todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.” (Juan 3:19–20). En verdad, como enseña la Escritura, el hombre natural está *“muerto en pecados y en la incircuncisión de su carne.”* (Colosenses 2:13).

Esta corrupción de nuestra naturaleza la heredamos de nuestros padres. Como resultado de su pecado, la naturaleza de Adán se volvió malvada, y esa maldad se transmite de una generación a otra. Nacemos pecadores. Somos corruptos en naturaleza incluso antes de cometer cualquier pecado personal. Todos debemos decir con David: *“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.”* (Salmo 51:5). De hecho, incluso aparte de nuestra naturaleza corrupta, somos culpables porque Dios nos imputa la culpa del primer pecado de Adán en el paraíso. Así lo dice el apóstol Pablo: *“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”* (Romanos 5:12). El pecado de nuestro padre Adán se nos imputa; somos tan culpables de comer del fruto prohibido como él lo fue. Tal es nuestra condición y estado por naturaleza.

Por tanto, ¿cómo puede ser posible que el hombre contribuya a su regeneración por medio de su voluntad o de sus obras? Aparte de la gracia soberana de Dios, somos pecadores culpables y corruptos que no pueden ni quieren cambiar sus duros corazones. Separados de Dios, nuestra voluntad y nuestras obras solo aumentan nuestra deuda. Separados de Dios, somos hijos del diablo, merecedores de ser condenados junto con él y sus ángeles caídos. Separados de Dios, no podemos hacer nada que sea agradable ante Sus ojos. Separados de Dios, la salvación es imposible.

Somos como huesos secos en medio de un valle —huesos que no viven ni pueden vivir, huesos sin carne, sin aliento de vida. Pero todos los hijos de Dios viven, porque Él, en Su gracia regeneradora, soberanamente les da vida. Él les dice: *“Huesos secos, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová.”* (Ezequiel 37:4–6).

Lo que el hombre no puede hacer, Dios lo hace.

EL LLAMAMIENTO SALVADOR

Cuando Dios imparte Su gracia regeneradora a un hombre, ese hombre es cambiado soberanamente en lo más profundo de su ser. Aquel que antes estaba espiritualmente muerto es levantado de entre los muertos. Nace de nuevo, desde lo alto. El que antes no podía ni siquiera *“ver el reino de Dios”* (Juan 3:3) recibe ojos para ver, oídos para oír y un corazón para entender las cosas de Dios y de Su reino. En la regeneración, Dios imparte el poder espiritual que capacita al hombre para buscar, conocer y abrazar a Cristo y todos Sus beneficios.

Sin embargo, eso no significa que el hombre, una vez regenerado, ya no necesite de Dios. La salvación está tan completamente en las manos de Dios que, aun después de la regeneración, el hombre no llega a la fe ni al arrepentimiento sin una obra adicional de Dios. Si el pecador escogido y regenerado ha de llegar a la conversión y a la conciencia de su salvación, Dios debe llamarlo soberana y eficazmente a tal actividad espiritual, que sus

ojos vean, sus oídos oigan y su corazón entienda las cosas de Dios.

Así, el apóstol nos enseña que el llamamiento salvador de Dios es un eslabón esencial en la cadena inquebrantable de la salvación. Dice: *“Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.”* (Romanos 8:30). Tan cierto como que el hombre debe ser predestinado para ser salvo, también debe ser llamado. Porque el pueblo de Dios es aquel que *“anunciáis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.”* (1 Pedro 2:9). Todo verdadero hijo de Dios ha sido llamado de las tinieblas del pecado y de la muerte a la gloriosa luz de la salvación de Dios.

Sin este llamamiento salvador de Dios, es absolutamente imposible que alguien invoque Su nombre para salvación. Porque no es el llamamiento del hombre a Dios lo que viene primero en la salvación, sino el llamamiento de Dios al hombre. En verdad, el hombre debe invocar el nombre del Señor para ser salvo. El apóstol dice: *“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”* (Romanos 10:13). Pero el apóstol continúa preguntando: *“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”* (Romanos 10:14).

Si el pecador escogido ha de ser salvo, debe invocar a Dios. Pero lo hace solo por medio de la fe en Jesucristo. Debe creer primero, pues sin fe es imposible invocar a Dios. Pero esa fe en Cristo viene únicamente por medio de oír el llamamiento de Cristo. El pecador regenerado debe oír la voz de Cristo que lo llama de las tinieblas a Su luz admirable. Cristo, como el Buen Pastor de Sus ovejas,

llama a Su pueblo hacia Sí mismo. Dice que *“a sus ovejas llama por nombre, y las saca.”* (Juan 10:3). Cristo mismo habla a Su pueblo y llama a la fe y al arrepentimiento desde sus corazones regenerados.

Este llamamiento de Dios en Cristo a Su pueblo escogido es un llamamiento poderoso y eficaz que no puede ser resistido. Es un llamamiento interno dirigido al corazón regenerado, que siempre produce fruto. Ellos oyen la Palabra viva del Dios viviente, y esa Palabra hace exactamente lo que Dios quiere que haga. Así dice Dios: *“Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.”* (Isaías 55:11). Cuando Cristo llama a Sus ovejas, ellas oyen Su voz, y como resultado de la poderosa obra de esa Palabra divina, en fe siguen a su Pastor. Jesús dice: *“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.”* (Juan 10:27).

El llamamiento irresistible de Dios, además, viene por medio de la predicación externa del evangelio. La pregunta final de Romanos 10:14 es: *“¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”* El pecador regenerado no oye el llamamiento de Cristo sino a través de la predicación del evangelio. Su respuesta de fe, arrepentimiento, obediencia y amor es siempre una respuesta al llamamiento del evangelio. Por eso el apóstol puede exclamar: *“Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.”* (2 Tesalonicenses 2:13–14).

Sin embargo, eso no significa que este llamamiento sea obra del hombre. El predicador trae la Palabra de Dios, la cual toca el corazón regenerado de tal manera que brotan la fe y el arrepentimiento, y aun así no es obra del predicador ni del pecador regenerado. Es toda obra de Dios. Es el llamamiento soberano de Dios. Porque Dios es *“quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.”* (2 Timoteo 1:9).

El hombre no llama primero a Dios; Dios llama al hombre. No por algo que el hombre sea o haga, sino en perfecta armonía con Su propósito predestinador y Su gracia abundante. Él, por medio de la predicación, llama soberanamente a Su pueblo escogido: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”* (Mateo 11:28). Por Su gracia, ellos oyen en esas palabras la voz de su Salvador y van a Él, siguen a Cristo. Porque *“fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor.”* (1 Corintios 1:9).

El Dios que promete salvar a Su pueblo llama desde sus corazones la fe que los une a Cristo para disfrutar de Su comunión para siempre.

LA FE SALVADORA

Cuando Dios soberanamente regenera al pecador escogido y lo llama eficazmente por Su Palabra y Su Espíritu, ese pecador siempre llega a una fe verdadera y salvadora. Ya que en la regeneración Dios le da vida espiritual, y ya que por el llamamiento salvador Dios lo llama irresistiblemente a la fe, él tiene que creer. Le es imposible no creer. Un corazón regenerado que oye el llamamiento de Cristo

siempre cree en Cristo. Por tanto, la fe es una parte esencial de la salvación. Nadie puede ser salvo sin fe. Leemos: *“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.”* (Juan 3:36). Si crees, tienes vida eterna; si no crees, no tienes nada de la vida eterna. Así predicó Jesús: *“Arrepentíos, y creed en el evangelio.”* (Marcos 1:15). De igual modo, Pablo y Silas predicaron: *“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa.”* (Hechos 16:31). No hay salvación sin fe salvadora.

Debido a que las Escrituras dejan claro que es el deber de todos los hombres creer en Cristo, muchos suponen que la fe es “la parte del hombre” en la salvación. Los evangelistas modernos exclaman que la fe es una condición que el hombre debe cumplir antes de que Dios lo salve. Nos dicen que Dios quisiera salvarnos, pero no puede hacerlo hasta que primero creamos. Dicen que Dios ya ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación y está listo para regenerarnos, para darnos Su gracia, para perdonar nuestros pecados; pero que todo eso depende de nuestra fe. “Sí,” dicen, “somos salvos por la gracia de Dios, pero esto solo sucederá si nosotros primero creemos.” Todo depende del acto humano de fe.

Sin embargo, todo esto es contrario a la enseñanza de la Sagrada Escritura. La fe es tan soberana obra de Dios como todo el resto de la salvación. Esto se ve claramente en el hecho de que el hombre no regenerado no puede creer en Cristo. ¿Cómo podría un hombre que está “muerto en delitos y pecados” (Efesios 2:1) tener fe en Cristo? Los muertos espirituales no tienen vida espiritual ni poder espiritual para creer. Jesús mismo dice: *“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere...”* (Juan 6:44). Ningún hombre, por sí mismo, tiene la capacidad de

venir a Cristo en fe. Es absolutamente imposible. Solo cuando Dios soberanamente nos atrae por Su gracia irresistible tenemos la verdadera fe que busca a Cristo.

Así, la fe no es obra del hombre, sino de Dios. Las Escrituras enseñan que el pueblo de Dios “cree conforme a la operación del poder de su fuerza” (Efesios 1:19). La fe, entonces, no es un regalo del hombre a Dios, sino un regalo de Dios al hombre. El hombre no posee fe naturalmente; si Dios no se la da, no la tiene. Por eso el apóstol Pablo declara: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.”* (Efesios 2:8–9). La fe no proviene de nosotros. No es obra del corazón y la voluntad no regenerados. Es don de Dios, concedido a Su pueblo escogido por pura gracia. Esto se confirma en las palabras del apóstol a los filipenses: *“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él.”* (Filipenses 1:29).

La fe está tan completamente fuera de las manos del hombre que la Escritura la atribuye a Cristo mismo. Leemos en Hebreos 12:2: *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe...”* El hombre no es el autor de su propia fe. Jesucristo lo es. Él es la fuente de toda fe porque fue Él quien la mereció para todos Sus escogidos mediante Su muerte en la cruz. Así, Él es quien comienza la fe, obrando en los corazones de Su pueblo; Él es quien hace que esa fe crezca y se perfeccione hasta llevarla a su plenitud en la gloria. No es de extrañar que se diga de Cristo: *“Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”* (Hechos 2:47). Es Cristo quien reúne a Sus escogidos del mundo, obrando fe en sus corazones, y así los añade a Su Iglesia.

Que la fe es obra soberana de Dios se demuestra más allá de toda duda por el hecho de que la elección divina es la fuente última de la fe. Fuera de la elección, nadie puede creer. Aunque los impíos rehúsan creer por la maldad de sus propios corazones, la causa soberana de la incredulidad es la reprobación. Jesús nos enseña esto cuando dice: *“Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas...”* (Juan 10:26). Estas personas no creían porque no eran ovejas de Cristo, es decir, Su pueblo escogido. En cambio, cuando una persona cree, es solamente porque es uno de los escogidos de Dios. Así leemos en Hechos 13:48: *“Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.”*

Ya que la fe es don de Dios, es evidente que Él la da únicamente a aquellos que ha elegido para salvación. A los escogidos se les concede la fe para que sean salvos, tal como Dios lo ha determinado. Por tanto, todos los que creen en el Señor Jesucristo deben reconocer que han *“creído por la gracia”* (Hechos 18:27) —solamente por la gracia soberana de Dios.

LA CONVERSIÓN

Cuando Dios obra soberanamente la fe salvadora en el corazón del pecador regenerado, el resultado es que el pecador es convertido. La fe salvadora es de tal naturaleza que la conversión es siempre su fruto. La conversión es la fe en acción. Es imposible tener una fe verdadera sin también volverse del pecado hacia Dios. La conversión es un giro espiritual y ético. Así se dice de los creyentes tesalonicenses que fueron convertidos de la idolatría: *“...os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero.”* (1 Tesalonicenses 1:9). La conversión es un volverse de Satanás hacia Dios. Es un volverse del reino de

las tinieblas hacia la luz del reino de Jesucristo. Es un volverse de una vida de maldad y pecado hacia una vida de justicia. En la conversión, el creyente se arrepiente de sus pecados: cambia su mente respecto al pecado, y por tanto, también su vida. Reconoce que es pecador, se llena de tristeza piadosa por sus pecados, y finalmente los abandona. Aunque el creyente en esta vida sigue siendo pecador, cada día se vuelve de sus pecados a Dios.

La conversión, como la fe, es una parte esencial de la salvación. Jesús dijo: *“De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.”* (Mateo 18:3). Así, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, el mandamiento de convertirse es presentado como parte vital de la predicación del evangelio. Dios, por medio del profeta Ezequiel, demanda:

“Arrepentíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no será la iniquidad causa de ruina.” (Ezequiel 18:30).

El apóstol Pedro predicó el Día de Pentecostés: *“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio.”* (Hechos 3:19). Nadie entra en el reino de Dios sin obedecer el mandato de arrepentirse y convertirse.

Pero este mandamiento no significa que el hombre, por sí mismo, tenga la capacidad de convertirse. La conversión no es obra del hombre. Así como es imposible que el hombre, sin la gracia de Dios, crea, también le es imposible arrepentirse y volverse de sus pecados. La conversión es obra de la gracia de Dios únicamente. Esta es la experiencia de todo verdadero hijo de Dios. Por eso escuchamos al pueblo de Dios clamar: *“Conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios.”* (Jeremías 31:18). Si el Señor Dios no convierte a un hombre de sus pecados, no

hay conversión. Pero si Dios lo convierte, ciertamente será convertido. El salmista lo expresa así: *“Oh Jehová Dios de los ejércitos, restáuranos; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos.”* (Salmo 80:19). Solo somos salvos cuando Dios vuelve hacia nosotros Su rostro resplandeciente de amor y gracia, y por medio de ese amor y gracia nos vuelve efectivamente de nuestros pecados hacia Él.

Que la conversión es una obra soberana de Dios se demuestra además en el hecho de que, si Dios retira Su gracia y endurece el corazón de una persona, no puede haber conversión. El apóstol Juan, citando al profeta Isaías, dice de Dios: *“Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane.”* (Juan 12:40). Dios, en Su santidad y justicia, ciega los ojos y endurece el corazón de los réprobos para que no quieran ni puedan convertirse. Leemos: *“De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece.”* (Romanos 9:18). La conversión, en última instancia, depende del propósito soberano de Dios: Él tiene misericordia de quien quiere, y endurece a quien quiere.

Lo mismo sucede con el arrepentimiento. Ningún hombre puede arrepentirse verdaderamente de sus pecados sin la poderosa obra de la gracia. Cuando los judíos oyeron que Dios también salvaba a los gentiles, dijeron: *“¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”* (Hechos 11:18). Como la fe, el “arrepentimiento para vida” es algo que Dios debe conceder a un hombre si ha de tenerlo. No puede arrepentirse por su propio poder. Pablo exhortó a Timoteo: *“Que el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda*

que se arrepientan para conocer la verdad...” (2 Timoteo 2:24–25).

Tan claramente es el arrepentimiento obra de Dios, que el apóstol Pedro pudo predicar: *“A éste (a Cristo) Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.”* (Hechos 5:31). Israel —el pueblo escogido de Dios— se arrepiente y es perdonado solo porque Dios les da el arrepentimiento por medio del Salvador exaltado. Las Escrituras son claras: nadie es convertido de sus pecados a Dios sino por la gracia soberana.

LA JUSTIFICACIÓN

La justificación por la fe es una de las bendiciones más grandes de la salvación que el creyente disfruta. Ser justificado significa ser declarado justo ante el tribunal de Dios. Aunque el creyente sigue siendo pecador y diariamente quebranta la santa ley de Dios, su estado legal es el de perfecta justicia. En la justificación, el hombre es considerado libre de toda culpa y condenación. De hecho, Dios lo considera tan justo como si nunca hubiese pecado y como si siempre hubiera guardado Sus mandamientos perfectamente.

Debe ser evidente que esta bendición de salvación no tiene absolutamente nada que ver con la voluntad ni con las obras del hombre. Las Escrituras nos enseñan que es Dios quien justifica, y que lo hace por Su gracia soberana. El profeta Isaías escribe: *“De Jehová vendrá mi justicia y mi fortaleza... En Jehová será justificada y se gloriará toda la descendencia de Israel.”* (Isaías 45:24-25). Toda nuestra justicia está “en Jehová”. Nosotros no nos justificamos a nosotros mismos. Esto es lo que el apóstol Pablo enseñó a

los cristianos de Galacia cuando dijo: *“Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley... porque por las obras de la ley nadie será justificado.”* (Gálatas 2:16). La justificación es totalmente la obra del Dios Todopoderoso. Si Dios no nos justifica, nada que pensemos, digamos o hagamos podrá hacernos justos delante de la perfección de Su justicia.

La propia naturaleza de la justificación enseña que es totalmente imposible que sea obra del hombre. Justificar significa declarar justo al pecador. Cuando Dios justifica, lo hace con un pueblo que en sí mismo es impío. Por eso el apóstol Pablo dice que Dios *“justifica al impío.”* (Romanos 4:5). Cuando Dios justifica al pecador, perdona su pecado —pecado que lo hace merecedor de condenación. El hombre es injusto, no justo; pero Dios no le imputa su pecado. Este es el asombro de la justificación. David lo expresó así: *“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad...”* (Salmo 32:1-2). En la justificación, Dios puede decir a Su pueblo: *“Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.”* (Isaías 1:18).

Además, no es que Dios simplemente pase por alto el pecado. ¡De ninguna manera! La causa divina de la justificación se ve claramente en que Dios envió a Su propio Hijo para justificar a Su pueblo por medio de Su muerte en la cruz. Alguien debía pagar por el pecado de los elegidos. Ese Alguien es Dios mismo en Jesucristo nuestro Señor. El fundamento y la base de la justificación es la sangre de Cristo. Los pecados del pueblo de Dios son borrados por la sangre del Cordero. Por eso Dios dijo acerca de Cristo: *“Verá el fruto de la aflicción de su alma,*

y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.” (Isaías 53:11). En verdad, el hombre es *“justificado en su sangre.”* (Romanos 5:9). Aunque el creyente merece ser condenado eternamente, Cristo llevó esa condenación para que él quedara libre de toda culpa. Quitó los pecados de Su pueblo y les dio Su propia justicia en su lugar. En el momento en que Cristo murió en la cruz, Su pueblo fue objetivamente justificado.

Puesto que la única base de la justificación es la muerte de Cristo, no podemos atribuirle ni siquiera a la fe. Ciertamente somos justificados por la fe. *“Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia.”* (Romanos 4:3). Pero eso no significa que nuestra fe sea nuestra justicia. No puede serlo, porque nuestra fe es débil e imperfecta. Nuestra justicia es Jesucristo. El apóstol dice: *“Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.”* (1 Corintios 1:30). La fe es el medio ordenado y dado por Dios para la justificación, pero no su base. Por medio de la fe somos unidos a Cristo y participamos de Su muerte y resurrección, de Su justicia y Su vida. Por la fe experimentamos subjetivamente la bienaventuranza de la justificación. Pero esa fe no puede ser el fundamento de nuestra justificación.

La justificación está tan completamente separada de nuestra voluntad y nuestras obras que fue ya realizada en el consejo eterno de Dios. Así como Cristo fue *“inmolado desde el principio del mundo”* (Apocalipsis 13:8), también el pueblo elegido de Dios ha sido eternamente justificado en el decreto y voluntad de Dios. Él siempre ha visto a los elegidos en Cristo Jesús como justos. Por eso Balaam fue movido a declarar: *“No ha notado iniquidad en Jacob, ni*

ha visto perversidad en Israel.” (Números 23:21). Aunque el pueblo de Dios sea grande pecador, Él siempre los ha contemplado como lavados en la sangre. No es extraño, entonces, que el apóstol pueda preguntar: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó...” (Romanos 8:33-34).

La justificación del pueblo de Dios es segura porque es la obra soberana de Dios solamente. Él imputa a Su pueblo la justicia de Jesucristo el Señor. Nada puede añadirse a esa justicia perfecta.

LA SANTIFICACIÓN

Así como Dios justifica soberanamente a Su pueblo por la sangre de Cristo, también es sólo Dios quien los santifica soberanamente por el poderoso obrar del Espíritu de Cristo. Mientras que la justificación tiene que ver con nuestro estado legal delante de Dios, la santificación trata de nuestra condición real. Somos liberados de la culpa del pecado por la justificación, pero aún seguimos siendo pecadores. El pecado todavía mora en el hijo de Dios, de modo que aun las mejores de sus obras están manchadas por él. Sin embargo, en la santificación, el pueblo de Dios es libertado del poder y dominio del pecado. El Espíritu de Dios le concede la gracia de “*despojarse del viejo hombre*” y “*vestirse del nuevo, el cual se va renovando en conocimiento a imagen del que lo creó.*” (Colosenses 3:9-10). El apóstol Pablo habla de esto en 2 Corintios 3:18: “*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.*” Aunque el creyente nunca

alcanzará la perfección en esta vida, en la santificación es cada vez más transformado a la imagen de Cristo.

Por lo tanto, no se puede negar que el pecador justificado debe practicar buenas obras. No es verdad que uno pueda vivir como el diablo porque ya ha sido justificado. Aunque en la justificación el creyente es libre de toda culpa, su justificación no es base para una vida impía. Esa es la mentira del diablo. Los que creemos en la soberanía de la gracia de Dios creemos también que Él obra en los corazones de Su pueblo para que huyan del pecado y busquen lo que es bueno y recto. Las buenas obras son una parte esencial de la vida cristiana. Por eso el apóstol Pedro nos exhorta: *“Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.”* (1 Pedro 1:15-16). Jesús nos dice que mostramos que somos Sus discípulos cuando damos mucho fruto: *“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.”* (Juan 15:8). Los objetos de la gracia divina deben glorificar a Dios mostrando al mundo las buenas obras que esa gracia ha producido en ellos: *“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”* (Mateo 5:16).

De hecho, si alguien dice que es creyente pero vive una vida de pecado continuo y desenfreno, demuestra que no es objeto de la gracia de Dios. La fe dada por la gracia de Dios es una fe que busca a Dios y la justicia de Su reino. Santiago enseña esto cuando dice: *“¿De qué aprovechará, hermanos míos, si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?... Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.”* (Santiago 2:14,17). La fe verdadera siempre se manifiesta en buenas obras.

Aunque el creyente está lejos de la perfección, su santificación implica que procura hacer lo que agrada a Dios.

Pero, ¿son estas buenas obras producto de la fuerza del creyente? ¿Aportan algo a la salvación? ¿Pueden considerarse la parte del hombre en la salvación? No, de ninguna manera. Eso es imposible, porque todas las buenas obras que el creyente realiza son únicamente el producto de la gracia de Dios. Apartado de la obra santificadora de Dios, Su pueblo nada puede hacer. Por eso leemos en Filipenses 2:13: *“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”* El creyente hace lo que agrada a Dios sólo porque Dios obra soberanamente esa buena obra en él. Dios le da el querer y el hacer. De hecho, todas las buenas obras que Su pueblo realiza fueron determinadas por Dios desde antes de la fundación del mundo: *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”* (Efesios 2:10). La vida del cristiano en santificación está tan completamente en las manos de Dios que cada creyente realiza las buenas obras que Dios ha ordenado para él.

Así, la santificación, al igual que la justificación, es enteramente obra de Dios. Así como Cristo es nuestra justificación, también se dice que Él es nuestra santificación: *“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.”* (1 Corintios 1:30). La santificación es el resultado del obrar soberano del Espíritu de Cristo, basado en la sangre de Cristo. Sólo en el poder de esa sangre puede el creyente vencer el pecado y hacer el bien. El Espíritu Santo nos enseña esto en Hebreos 10:10:

“En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.”

En verdad, Cristo Jesús nuestro Señor, quien murió por Su pueblo, es toda nuestra salvación. Desde el principio hasta el fin, la salvación se fundamenta en Su preciosa sangre.

PRESERVACIÓN Y PERSEVERANCIA

Puesto que Dios elige soberanamente al pecador para vida eterna, lo regenera por el Espíritu de Cristo, lo llama y le concede fe y arrepentimiento por Su gracia irresistible, lo justifica e incluso lo santifica por Su poder omnipotente, también es cierto que el pecador convertido persevera en la fe por la gracia preservadora de Dios. El verdadero creyente, salvo por la gracia soberana de Dios, no puede perder su salvación. Dios, por Su poder soberano, guarda al creyente de modo que no puede caer total y absolutamente del estado de gracia. Por eso el apóstol Pedro dice que aquellos que son *“elegidos según la presciencia de Dios”* y *“renacidos para una esperanza viva”*, son también *“guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.”* (1 Pedro 1:2–5). Dios, por Su poder omnipotente, preserva al verdadero hijo de Dios para que reciba la salvación final y completa que se revelará en la segunda venida de Cristo.

No puede ser de otra manera, porque la obra de la salvación es la obra de Dios, y la obra de Dios no falla. Las obras del hombre son finitas y muchas veces terminan en nada, pero las obras de Dios son omnipotentes y seguras. Cuando Él establece Su pacto con Su pueblo, promete salvarlo en la sangre de Cristo, y luego lo salva por Su gracia, esa gran obra es firme y eterna. Así dice el Señor por medio del

profeta Isaías: *“Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, que tiene misericordia de ti.”* (Isaías 54:10). En verdad, los montes pueden apartarse, pero la bondad, la misericordia y el amor de Dios, que salvan a Su pueblo, permanecerán sobre ellos para siempre. Dios no cambia. Cuando salva a alguien, lo salva de verdad—lo salva para siempre. Cuando el Dios de la vida da vida, esa vida es vida eterna, una vida que jamás muere. Así pudo decir Jesús: *“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.”* (Juan 5:24). La vida eterna no es algo que se pueda perder; si pudiera perderse, no sería eterna.

La salvación eterna del pueblo escogido de Dios es tan segura que nada puede arrebatársela. Aunque los impíos procuren arrastrar a los creyentes a sus pecados, y aunque el mismo diablo los tienta a abandonar a Dios y Su verdad, nadie puede quitarles la gracia que Dios les ha dado. Jesús dice: *“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.”* (Juan 10:28–29). Los creyentes están seguros en las manos de Cristo y del Padre celestial. Ni siquiera sus pecados pueden separarlos de Dios y de Su salvación. Todos sus pecados han sido borrados por la sangre del Cordero. Cristo murió por ellos y Dios los ha justificado. Por eso, el pueblo de Dios puede decir con el apóstol Pablo: *“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de*

Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 8:38–39).

Esto no significa, sin embargo, que uno que profese ser cristiano pueda vivir de cualquier manera y seguir seguro de su salvación eterna. El apóstol Pedro dice que somos *“guardados por el poder de Dios mediante la fe.”* (1 Pedro 1:5). Cuando Dios preserva a Su pueblo, lo hace de tal manera que ellos perseveran en la fe. Aunque el verdadero creyente pueda caer en pecados graves, no cae absolutamente. Dios lo restaura, de modo que, por la fe, vuelve a andar en los caminos de Dios. Es preservado en el camino de la fe—una fe que produce una vida piadosa. Por tanto, quien profesa ser cristiano pero camina continuamente y sin arrepentimiento en los caminos del pecado, no es un verdadero hijo de Dios. De tales personas habla el apóstol Juan cuando dice: *“Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron, para que se manifestase que no todos son de nosotros.”* (1 Juan 2:19). Hay muchos que profesan ser cristianos, pero no lo son realmente; caen de su falsa profesión. El verdadero hijo de Dios, en cambio, persevera en la fe. No porque tenga fuerza en sí mismo, sino porque Dios lo preserva por Su gracia.

En verdad, el pueblo de Dios tiene motivo abundante para regocijarse con las palabras de Judas: *“Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.”* (Judas 24–25).

GLORIFICACIÓN

La última bendición que el hijo de Dios recibe es la bendición de la gloria eterna en los nuevos cielos y la nueva tierra. El creyente espera aquel gran día cuando Jesús vendrá y lo llevará para estar con Él para siempre. Porque *“cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.”* (Colosenses 3:4). Esta es la razón por la cual los creyentes pueden soportar con paciencia los sufrimientos y las tribulaciones de esta vida: saben que esas aflicciones no durarán para siempre. Pronto serán reemplazadas por una gloria tan maravillosa que sobrepasa toda imaginación. Por eso podemos decir con el apóstol: *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.”* (Romanos 8:18). Todo el pecado, toda enfermedad, toda debilidad y miseria del pueblo de Dios serán quitados, de modo que serán glorificados en cuerpo y alma. Serán semejantes a Cristo. La gloria del Dios Todopoderoso resplandecerá en ellos y saldrá de ellos.

Esta gloria es la culminación y el resultado final de lo que comenzó antes de la fundación del mundo en la elección de Su pueblo. Es el último eslabón en la cadena inquebrantable de la salvación: *“Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.”* (Romanos 8:30). Pensar que este último paso de la salvación pudiera ser algo distinto a la obra de la gracia soberana de Dios es inconcebible. Aun aquellos que insisten en que el hombre tiene parte en su salvación no atribuyen la glorificación sino a Dios. Por su misma naturaleza, este milagro de gracia está completamente fuera del alcance de las obras humanas. Somos glorificados por el poder soberano de Dios solamente. Este hecho, además, es una prueba contundente de que toda la salvación es obra exclusiva de

Dios, porque la glorificación no puede separarse de los demás pasos. Como la consumación de la salvación, está inseparablemente unida a cada una de sus partes.

La glorificación es el propósito y meta de la elección eterna. Cuando Dios escogió a Su pueblo antes de la fundación del mundo, los escogió para la gloria. Así lo dice el apóstol Pablo: *“Y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria.”* (Romanos 9:23). Ya en el consejo eterno de la predestinación, el pueblo de Dios fue preparado para la gloria. De hecho, en el decreto divino ya fueron glorificados. Desde el principio, el fin había sido determinado. Y porque la glorificación es el propósito de la elección, también es el propósito de la regeneración. Por eso escribe Pedro: *“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva... para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros.”* (1 Pedro 1:3–4). El pueblo de Dios es regenerado para ser glorificado. La regeneración es un paso más que los acerca a la gloria final; sin ella, la glorificación sería imposible. Incluso el llamamiento eficaz tiene como propósito la gloria: *“A lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.”* (2 Tesalonicenses 2:14). El Espíritu de Cristo llama a los elegidos a la fe y al arrepentimiento para que obtengan la gloria de Cristo.

De hecho, todas las cosas que Dios obra en la vida de los creyentes son medios que Él utiliza para conducirlos a esa gloria final. El salmista lo expresa así: *“Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria.”* (Salmo 73:24). Dios guía a Su pueblo a lo largo de esta vida en perfecta armonía con Su propósito eterno, y ese propósito

es gloria. Todo lo que les sucede, ya sea considerado “bueno” o “malo”, es enviado por el Señor para conducirlos a la gloria. Por tanto, la glorificación es obra de la gracia soberana de Dios, al igual que toda la salvación de principio a fin. Todo es una sola gran obra: la salvación es un don perfecto y completo de Dios. Ningún hombre puede añadirle ni quitarle nada.

En verdad, el hombre no tiene de qué gloriarse. Sí, el creyente es glorificado, pero incluso esa gloria no es, en último término, suya, sino de Dios. Él llena al creyente de Su propia gloria. El propósito de la glorificación del pueblo de Dios es la glorificación de Dios mismo. Dios manifiesta la gloria de Su gran nombre en la salvación que concede a Su pueblo por Su gracia maravillosa. Por eso Pablo dice: *“En amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia...”* (Efesios 1:5–6). La salvación y la gloria del pueblo de Dios son siempre *“para alabanza de Su gloria”*—la gloria de Su gracia soberana.

Así, las Escrituras declaran claramente que *“LA SALVACIÓN ES DE JEHOVÁ”* (Jonás 2:9). De principio a fin, la salvación no es resultado de la obra o voluntad del hombre, sino de la gracia soberana de Dios. Él es Dios también en la salvación. En Su decreto eterno de predestinación planeó la salvación; la obtuvo al enviar a Su Hijo a morir por Su pueblo en la cruz; y la aplica al corazón y vida de Su pueblo por el poder de Su gracia. El que crea la Palabra de Dios solo puede concluir con el apóstol Pablo: *“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.”* (Romanos 9:16). La salvación es toda de Dios. Por tanto, alabemos con el apóstol Pablo la majestuosa grandeza del Altísimo:

*“¡Oh profundidad de las riquezas
de la sabiduría y de la ciencia de Dios
¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus
caminos!
Porque ¿quién entendió la mente del Señor?
¿O quién fue su consejero?
¿O quién le dio a él primero, para que le fuese
recompensado?
Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas.
A él sea la gloria por los siglos. Amén.”
(Romanos 11:33–36).*

Referencias Bíblicas

El Dios Soberano

1 Crón. 29:11; Dan. 4:34-35; Sal. 22:28; Deut. 4:39; Isa. 40:17; Isa. 45:9; Isa. 57:15; Hech. 17:25, 28

La Voluntad Soberana de Dios

Isa. 46:9-10; Efes. 1:11; Efes. 3:11; Sal. 33:11; Isa. 14:24, 27; Prov. 19:21; Isa. 46:11

La Predestinación Soberana

Rom. 9:21-23; 2 Tes. 2:13; Sal. 33:12; Efes. 1:3-4; Juan 15:16; Judas 4; 1 Ped. 2:7-8; Rom. 9:16; 2 Tim. 1:9

La Presciencia

Rom. 9:11; Rom. 8:29-30; Amós 3:2; Juan 10:14-15; Deut. 7:7-8

El Amor Soberano de Dios

Jer. 31:3; Efes. 2:4-5; 1 Juan 3:1; Ose. 11:1; Sal. 11:5; Sal. 5:5; Sal. 7:11; Juan 3:36; Mal. 1:1-3; Rom. 9:13; 2 Tes. 2:16

El Amor de Dios y la Cruz

1 Juan 4:9; Hech. 20:28; Hech. 4:27-28; Hech. 2:23; Apoc. 13:8; Luc. 19:10; Heb. 9:12; 1 Cor. 1:24-25

La Redención Particular

Juan 10:14-15, 26; Hech. 20:28; Efes. 5:25; Rom. 8:32-34; Rom. 8:35-39; Juan 10:28; Isa. 53:10-11

La Regeneración

Efes. 2:4-6; Ezeq. 36:26; Juan 1:13; Tito 3:5; Juan 3:3; 1 Ped. 1:3; 1 Ped. 1:23

La Depravación del Hombre

Jer. 13:23; Rom. 3:10-12; Juan 8:44; Juan 3:19-20; Col. 2:13; Sal. 51:5; Rom. 5:12; Ezeq. 37:4-6

El Llamamiento Eficaz

Rom. 8:30; 1 Ped. 2:9; Rom. 10:13-14; Juan 10:3; Isa. 55:11; Juan 10:27; 2 Tes. 2:13-14; 2 Tim. 1:9; Mat. 11:28; 1 Cor. 1:9

La Fe Salvadora

Juan 3:36; Mar. 1:15; Hech. 16:31; Efes. 2:1; Juan 6:44; Efes. 1:19; Efes. 2:8-9; Fil. 1:29; Heb. 12:2; Hech. 2:47; Juan 10:26; Hech. 13:48; Hech. 18:27

La Conversión

1 Tes. 1:9; Mat. 18:3; Ezeq. 18:30; Hech. 3:19; Jer. 31:18; Sal. 80:19; Juan 12:40; Rom. 9:18; Hech. 11:18; 2 Tim. 2:24-25; Hech. 5:31

La Justificación

Isa. 45:24-25; Gál. 2:16; Rom. 4:5; Sal. 32:1-2; Isa. 1:18; Isa. 53:11; Rom. 5:9; Rom. 4:3; 1 Cor. 1:30; Apoc. 13:8; Núm. 23:21; Rom. 8:33-34

La Santificación

Col. 3:9-10; 2 Cor. 3:18; 1 Ped. 1:15-16; Juan 15:8; Mat. 5:16; Sant. 2:14, 17; Fil. 2:13; Efes. 2:10; 1 Cor. 1:30; Heb. 10:10

La Preservación y la Perseverancia

1 Ped. 1:2-5; Isa. 54:10; Juan 5:24; Juan 10:28-29; Rom. 8:38-39; 1 Juan 2:19; Judas 24-25

La Glorificación

Col. 3:4; Rom. 8:18; Rom. 8:30; Rom. 9:23; 1 Ped. 1:3-4; 2 Tes. 2:14; Sal. 73:24; Efes. 1:5-6; 1 Cor. 1:31; Sal. 103:1-4; Sal. 57:5; Jon. 2:9; Rom. 9:16; Rom. 11:33-36